

ELICIA.

Son pasadas cuatro horas después: ¿hablaseme de acordar eso (1)?

(1) *Deso.*

CELESTINA.

Cuanto mas presto te dejaron, mas con razon lo sentiste; pero dejemos su ida é mi tardanza, y entendamos en cenar y dormir.

ACTO DOCENO.

ARGUMENTO.

Llegando la media noche, Calisto y Sempronio y Parmeno armados van para casa de Melibea. Lucrecia y Melibea están cabe la puerta aguardando á Calisto. Viene Calisto; háblale primero Lucrecia; llama á Melibea; apártase Lucrecia; háblanse por entre las puertas Melibea y Calisto. Parmeno y Sempronio en su cabo departen. Oyen gente por la calle; aperciébase para huir. Despidese Calisto de Melibea, dejando concertada la tornada para la noche siguiente. Pleberio al son del ruido que habia en la calle, despierta, llama á su mujer Alisa; pregunta á Melibea quién da patadas en su cámara; responde Melibea á su padre fingiendo que tenia sed. Calisto con sus criados va para su casa hablando; échase á dormir. Parmeno y Sempronio van á casa de Celestina, demandan su parte de la ganancia; disimula Celestina; vienen á reñir; échanle mano á Celestina; mátanla. Da voces Elicia; viene la justicia á prenderlos á ambos.

CALISTO, SEMPRONIO, PARMENO, LUCRECIA, MELIBEA, PLEBERIO, ALISA, CELESTINA, ELICIA.

CALISTO.

Mozos, ¿qué hora da el reloj?

SEMPRONIO.

Las diez.

CALISTO.

¡Oh cómo me descontenta el olvido en los mozos! De ni mucho acuerdo en esta noche, y tu descuido (1) y olvido, se haria una razonable memoria y cuidado. ¿Cómo, desatinado, sabiendo cuánto me va en ser diez ó once, me respondes á tiento lo que mas aína se te viene á la boca? ¡Oh cuidado de mí! Si por caso me hubiera dormido, y colgara mi pregunta de la respuesta de Sempronio para hacer de once diez, y así de doce once, saliera Melibea, yo no fuera oído (2), tornárase; de manera que ni mi mal hubiera fin, ni mi deseo ejecucion. No se dice en balde, que mal ajeno de pelo cuelga.

SEMPRONIO.

Tanto yerro me parece, sabiendo, preguntar, como ignorando, responder. Mejor seria, señor, que se gastase esta hora que queda en aderezar armas que en buscar cuestiones.

CALISTO.

(Bien (3) dice este necio: no quiero en tal tiempo rescebir enejo; no (4) pensar en lo que pudiera venir, sino en lo que fué; no en el daño que resultará de su negligencia, sino en el provecho que verná de mi solicitud; quiero dar espacio á la ira, que ó se me quitará, ó se me ablandará.) Descuelga, Parmeno, mis corazas, y armas vosotros; y así iremos á buen recaudo, porque como dicen: *el hombre apercebido, medio combatido.*

PARMENO.

Hélas aquí, señor.

CALISTO.

Ayúdame aquí á vestirlas; mira tú, Sempronio, si parece alguno por la calle.

(1) *Descuidar.*(2) *Ído.*(3) *Me dice.*(4) *Quiero.*(1) *Esta.*(2) *Anima.*(3) *Te.*

nes (1) fieles, y darte han de palos; no vuelvas la hoja, y quedarte has á buenas noches. Quiero hacer cuenta que hoy nascí (2), pues de tal peligro me escapé.

SEMPRONIO.

Paso, paso, Parmeno, no saltes así, ni hagas ese bullicio de placer, que darás causa que seas sentido.

PARMENO.

Calla, hermano, que no me hallo de alegría. ¿Cómo le hice creer que por lo que á él cumplia dejaba de ir, y era por mi seguridad! ¿Quién supiera así rodear su provecho, como yo? Muchas cosas me verás hacer, si estás atento de aquí adelante, que no las sientan todas (3) personas, así con Calisto, como con cuantos en este negocio suyo se entremetieren; porque soy cierto que esta doncella ha de ser para él cebo de anzuelo, ó carne buitrera (4), que suelen pagar bien el escote los que á comerla vienen.

SEMPRONIO.

Anda, no te penen á tí esas sospechas, aunque salgan verdaderas. Apercíbete, á la primera voz que oyeres, á tomar calzas de Villadiego.

PARMENO.

Leído has donde yo: en un corazon estamos. Calzas traigo, y aun boreagueis desos lugares que tú dices (5), para mejor huir que otro. Pláceme que me has, hermano, avisado de lo que yo no hiciera de vergüenza de tí; que nuestro amo, si es sentido, temo que no escapará de las manos desta gente de Pleberio, para podernos después demandar cómo lo hecimos, ni escusarnos el huir (6).

SEMPRONIO.

¡Oh Parmeno amigo, cuán alegre y provechosa es la conformidad en los compañeros! Aunque por otra cosa no nos fuera buena Celestina, era harta utilidad la que por su causa nos ha venido.

PARMENO.

Ninguno podrá negar lo que por sí se muestra. Manifiesto es que con vergüenza uno del otro, por no ser odiosamente acusado de cobarde, esperaríamos aquí la muerte con nuestro amo, no siendo mas dél (7) merecedor della.

SEMPRONIO.

Salido debe de haber (8) Melibea; escucha, que hablan quedito.

PARMENO.

¿Cómo temo que no sea ella, sino alguno que finja su voz!

SEMPRONIO.

Dios nos libre de traidores, no nos hayan tomado la calle por donde tenemos de huir, que de otra cosa no tengo temor.

CALISTO.

Este bullicio mas de una persona lo hace: quiero hablar, sea quien fuere. Ce, ce, ¿señora mía?

LUCRECIA.

La voz de Calisto es esta: quiero llegar. ¿Quién habla? ¿Quién está fuera?

CALISTO.

Aquel que viene á cumplir tu mandado.

LUCRECIA.

¿Por qué no llegas, señora? Llega sin temor acá, que aquel caballero está aquí.

MELIBEA.

Loca, habla paso; mira bien si es él.

LUCRECIA.

Allégate, señora, que si es; que yo le conozco en la voz.

(1) *Consejos y.*(2) *Me nascí.*(3) *Las.*(4) *Buitrera.*(5) *Ligeros que tú dices.*(6) *Ni incursarnos del huir.*(7) *De él.*(8) *Debe haber.*

CALISTO.

¡Cierto soy burlado; no era Melibea la que me habló. Bullicio oigo; perdido soy; pues viva ó muera, que no me he de ir de aquí.

MELIBEA.

Vete, Lucrecia, á acostar un poco. Ce, señor, ¿cómo es tu nombre? ¿Quién es el que te mandó ahí venir?

CALISTO.

Es la que tiene merecimiento de mandar á todo el mundo, la que dignamente servir yo no merezco. No tema tu merced de se descubrir á este captivo de tu (1) gentileza; que el dulce sonido de tu habla, que jamás de mis oídos se cae, me certifica ser tú mi señora Melibea; yo soy tu siervo Calisto.

MELIBEA.

La sobrada osadía de tus mensajes me ha forzado á haberte de hablar, señor Calisto; que habiendo habido de mí la pasada respuesta á tus razones, no sé qué piensas mas sacar (2) de mi amor de lo que entonces te mostré. Desvia estos vanos y locos pensamientos de tí, porque mi honra y persona estén sin detrimento de mala sospecha seguras. A esto fui aquí venida (3), á dar concierto en tu despedida y mi reposo. No quieras poner mi fama en la balanza de las lenguas maldicientes.

CALISTO.

A los corazones aparejados con apercibimiento recio contra las adversidades, ninguna puede decir (4) que pase de claro en claro la fuerza de su muro. Pues el triste que desarmado, y sin prever los engaños y celadas, se vino á meter por las puertas de tu seguridad, cualquiera cosa que en contrario vea es razon que me atormente, y pase rompiendo todos los almacenes en que la dulce nueva estaba aposentada. ¡Oh mal aventurado Calisto! ¡Oh cuán burlado has sido de tus sirvientes! ¡Oh engañosa mujer Celestina! Dejárame (5) morir, y no (6) tornarás á vivificar mi esperanza para que tuviese mas que gastar el fuego que ya me aqueja. ¿Por qué falsaste la palabra desta mi señora? ¿Por qué has así dado con tu lengua causa á mi desesperacion? ¿A qué me mandaste aquí venir para que me fuese mostrado el disfavor, el entredicho, la desconfianza, el odio por la misma boca desta que tiene las llaves de mi perdicion y gloria? ¡Oh enemiga! Y tú, ¿no me dijiste que esta mi señora me era favorable? ¿No me dijiste que de su grado mandaba venir este su captivo al presente lugar? No para me desterrar nuevamente de su presencia, pero para alzar el destierro ya por otro su mandamiento puesto antes de agora. ¿En quién ballaré yo fe? ¿Adónde hay verdad? ¿Quién carece de engaño? ¿Adónde no moran falsarios? ¿Quién es claro enemigo? ¿Quién es verdadero amigo? ¿Dónde no se fabrican traiciones? ¿Quién osó darme tan cruda esperanza de perdicion?

MELIBEA.

Cesen, señor mio, tus verdaderas querellas, que ni mi corazon basta para las sufrir, ni mis ojos para lo disimular. Tú lloras de tristeza, juzgándome cruel; yo lloro de placer, viéndote tan fiel. ¡Oh mi señor y mi bien todo! ¡Cuánto mas alegre me fuera poder ver tu faz que oír tu voz! Empero pues no se puede al presente mas hacer, toma la firma y sello de las razones que te envié escritas en la lengua de aquella solicita mensajera. Todo lo que te dijo confirmo; todo lo he por bueno. Limpia, señor, tus ojos: ordena de mí á tu voluntad.

CALISTO.

¡Oh señora mía! Esperanza de mi gloria, descanso y alivio de mi pena, alegría de mi corazon! ¿qué lengua será bastante para te dar iguales gracias por la sobrada é

(1) *Su.*(2) *De sacar.*(3) *Fué aquí mi venida.*(4) *Venir.*(5) *Acabar de.*(6) *Te.*

incomparable merced que en este punto de tanta congoja para mí me has querido hacer? En querer que un tan flaco é indigno hombre pueda gozar de tu suavísimo amor, del cual, aunque muy deseoso, siempre me juzgaba indigno, mirando tu grandeza, considerando tu estado, remirando tu perfección, contemplando tu gentileza, acatando mi poco merecer, y tu alto merecimiento, tus estremadas gracias, tus loadas y manifestas virtudes! Pues, ¡oh alto Dios! ¿cómo te podré ser ingrato, que tan milagrosamente has obrado conmigo tus singulares maravillas? ¡Oh cuántos días, antes de agora pasados, me fué venido ese pensamiento á mi corazón, y por imposible lo rechazaba de mi memoria, hasta que ya los rayos ilustrantes de tu muy claro gesto dieron luz en mis ojos, encendieron mi corazón, despertaron mi lengua, estendieron mi merecer, acortaron mi cobardía, destorcieron mi encogimiento, doblaron mis fuerzas, desadormecieron mis pies y manos; finalmente, me dieron tal osadía, que me han traído con su mucho poder á este tan sublimado (1) estado en que agora me veo, oyendo de grado tu suave voz. La cual si ante de agora no conociese y no sintiese tus saludables olores, no podría creer que careciesen de engaño tus palabras. Pero como soy cierto de tu limpieza de sangre y hechos, me estoy remirando si soy yo Calisto á quien tanto bien se hace.

MELIBEA.

Señor Calisto, tu mucho merecer, tus estremadas gracias, tu alto nacimiento han obrado, que después que de tí hebe entera noticia, ningún momento de mi corazón te partieses; y aunque muchos días he pugnado por lo disimular, no he podido tanto, que en tornándome aquella mujer tu dulce nombre á la memoria no descubriese mi deseo, y viniere á este lugar y tiempo, donde te suplico ordenes y dispongas de mi persona según querrás. Las puertas impiden nuestro gozo, las cuales yo maldigo, y sus fuertes cerrojos y mis flacas fuerzas, que ni tú estarías quejoso ni yo descontenta.

CALISTO.

¿Cómo, señora mía, y mandas tú que consienta á un palo impedir nuestro gozo? Nunca yo pensé que demás de tu voluntad lo pudiera cosa estorbar. ¡Oh molestas y enojosas puertas! Ruego á Dios que tal fuego os abraza como á mí da guerra; que con la tertia parte seríades en un punto quemadas. Pues, por Dios, señora mía, permite que llame á mis criados para que las quiebren.

PARMENO.

¿No oyes, no oyes, Sempronio? A buscarnos quiere venir para que nos den mal año. No me agrada cosa esta venida; en mal punto creo que se empezaron estos amores; no (2) espero mas aquí.

SEMPRONIO.

Calla, calla, escucha, que ella no consiente que vamos allá.

MELIBEA.

¿Quieres, amor mio, perderme á mí y dañar mi fama? No sueltas las riendas á la voluntad; la esperanza es cierta, el tiempo breve á cuanto tú (3) ordenares. Y pues tú sientes tu pena sencilla y yo la de entrambos; tú solo tu dolor, yo el tuyo y el mio, conténtate con venir mañana á esta hora por las paredes de mi huerto: que si agora quebrases las crueles puertas, aunque al presente no fuésemos sentidos, amanecería en casa de mi padre terrible sospecha de mi yerro. Y pues sabes que tanto mayor es el yerro cuanto mayor es el que yerra, en un punto sería por la ciudad publicado.

SEMPRONIO.

Enhoramala acá esta noche venimos: aquí nos ha de amanecer, según el espacio con que nuestro amo lo

(1) Este sublimado.

(2) Yo no.

(3) Cuanto tú

toma; que aunque mas la dicha nos ayude, nos han en tanto tiempo de sentir de su casa ó vecinos.

PARMENO.

Ya ha dos horas que te requiero que nos vamos, que no faltará un achaque.

CALISTO.

¡Oh mi señora y mi bien todo! ¿Por qué llamas yerro aquello que por los santos de Dios me fué concedido? Rezando hoy delante el altar (1) de la Madalena me vino con tu mensaje alegre aquella solícita mujer.

PARMENO.

Desvarias (2), Calisto, desvarias. Por fe tengo, hermano, que no debe ser (3) cristiano. Lo que la vieja traidora con sus pestíferos hechizos ha rodeado, y con sus falsificadas razones ha hecho, dice que los santos de Dios se lo han concedido ó impetrado (4), y con esta confianza quiere quebrar las puertas; y no habrá dado el primer golpe, cuando sea sentido y tomado por los criados de su padre, que duermen cerca.

SEMPRONIO.

Ya no temas, Parmeno, que harto desviados estamos, y en sintiendo bullicio, el buen huir nos ha de valer. Déjale hacer, que si mal hace (5) él lo pagará.

PARMENO.

Bien hablas, en mi corazón estás, así se haga, huyamos la muerte, que somos mozos; que no querer morir ni matar no es cobardía, sino buen natural. Estos escuderos de Pleberio son locos; no desean tanto comer ni dormir como cuestiones y ruidos: pues mas locura sería esperar pelea con enemigos que no aman tanto la victoria y vencimiento como la continua guerra y contienda (6). ¡Oh si me vieses, hermano, cómo estoy, placer habrías! A medio lado, abiertas las piernas, el pie izquierdo adelante en huida, las haldas en (7) cinta, la adarga arrollada y so el sobaco (8), porque no me empache; que por Dios creo que (9) fuese como un gamo, según el temor tengo de estar aquí.

SEMPRONIO.

Mejor estoy yo, que tengo liado el broquel y el espada con las correas porque no se caiga al correr, y el casquete en la capilla.

PARMENO.

¿Y las piedras que traías en ella?

SEMPRONIO.

Todas las vertí por ir mas liviano, que harto tengo que llevar en estas corazas que me heciste vestir por importunidad; que bien las rehusaba de traer, porque me parecían para huir muy pesadas. Escucha, escucha, ¿oyes, Parmeno? A malas andan; muertos somos. Bota presto, echa acia casa de Celestina, no nos atajen por nuestra casa.

PARMENO.

Huye, huye, que corres poco. ¡Oh pecador de mí! si nos han de alcanzar, deja broquel y todo.

SEMPRONIO.

¿Si han muerto (10) á nuestro amo?

PARMENO.

No sé, no me digas nada; corre y calla, que el menor cuidado mio es ese.

SEMPRONIO.

Ce, Ce, Parmeno, torna, torna callando, que no es sino la gente del alguacil que pasaba haciendo estruendo por la otra calle.

(1) Ante el altar.

(2) Desvariar.

(3) No es.

(4) E impetrado.

(5) Hiciere.

(6) Con contienda.

(7) En la.

(8) El brazo.

(9) Huyese.

(10) Ya.

PARMENO.

Míralo bien: no te fies en los ojos, que se les antoja muchas veces uno por otro. No me habian dejado gota de sangre: tragada tenía ya la muerte, que me parecía que me iban dando en estas espaldas golpes. En mi vida me acuerdo haber tan gran temor ni verme en tal afrenta, aunque he andado (1) casas ajenas harto tiempo y en lugares de harto trabajo: que nueve años servi á los frailes de Guadalupe, que mil veces nos apuñéabamos yo y otros; pero nunca como esta vez hube miedo de morir.

SEMPRONIO.

¿Y yo no servi al cura de San Miguel, y al mesonero de la plaza, y á Mollejas el bortelano? Y también yo tenía mis cuestiones (2) con los que tiraban piedras á los pájaros que se asentaban en un álamo grande que tenía, porque dañaban la hortaliza. Pero guardete Dios de verte con armas, que aquel es verdadero temor; no en balde dicen: cargado de hierro, cargado de miedo. Vuelve, vuelve, que el alguacil es cierto.

MELIBEA.

Señor Calisto, ¿qué es eso que en la calle suena? Parece (3) voces de gente que van en huida. Por Dios, mírate, que estás á peligro.

CALISTO.

Señora, no temas, que á buen recaudo vengo; los míos deben ser, que son unos locos, y desarmarán (4) á cuantos pasan, y huiráles (5) alguno.

MELIBEA.

¿Son muchos los que traes?

CALISTO.

No, sino dos; pero aunque sean seis sus contrarios, no resebirán mucha pena para les quitar sus armas y hacerlos huir, según su esfuerzo: escogidos son, señora, que no vengo á lumbre de pajas. Si no fuese por lo que á tu honra toca; pedazos harían estas puertas; y á tí, si sentidos fuésemos (6), y á mí librarian de toda la gente de tu padre.

MELIBEA.

¡Oh, por Dios, no se acometa tal cosa! Pero mucho placer tengo que de tan fiel gente andes acompañado; bien empleado es el pan que tan esforzados sirvientes comen. Por mi amor, señor, pues tal gracia la naturaleza (7) les quiso dar, sean de tí bien tratados y galardonados, porque en todo te guarden secreto; y cuando sus atrevimientos y osadías les corrigieres, á vueltas del castigo muéstrales favor, porque los animos esforzados no sean con encogimiento disminuidos (8) é irritados en el osar á sus tiempos.

PARMENO.

Ce, ce, señor, quitate presto dende, que viene mucha gente con hachas, y serás visto y conocido, y no hay (9) donde te metas.

CALISTO.

¡Oh mezquino yo, y cómo me es forzado, señora, partirme de tí! Por cierto el temor de la muerte no obrara tanto, como el de tu honra. Pues que así es, los ángeles queden con tu presencia; mi venida será, como ordenaste, por el huerto.

MELIBEA.

Así sea, y vaya Dios contigo.

PLEBERIO.

Señora mujer, ¿duermes?

ALISA.

Señor, no.

(1) Por casas.

(2) Cuestiones.

(3) Parescen.

(4) Desarmar.

(5) Huiráles.

(6) Y si sentidos fuésemos, á tí y á mí etc.

(7) Natura.

(8) Diminutos.

(9) Que no hay.

PLEBERIO.

¿No oyes bullicio en el retraimiento de tu hija?

ALISA.

Sí oyo. Melibea, Melibea.

PLEBERIO.

No te oye; yo llamaré mas recio. Hija Melibea (1).

MELIBEA.

Señor.

PLEBERIO.

¿Quién da patadas y hace bullicio en tu cámara?

MELIBEA.

Señor, Lucrecia es, que salió por un jarro de agua para mí, que había sed.

PLEBERIO.

Duerme, hija, que pensé que era otra cosa.

LUCRECIA.

Poco estruendo los despertó, con pavor hablan.

MELIBEA.

No hay tan manso animal, que con amor ó temor de sus hijos no se asperece; pues ¿qué harían si mi cierta salida supiesen?

CALISTO.

Cerrad esa puerta, hijos, y tú, Parmeno, sube una vela arriba.

SEMPRONIO.

Debes, señor, reposar y dormir eso que queda de aquí al día.

CALISTO.

Pláceme, que bien lo he menester. ¿Qué te parece, Parmeno, de la vieja que tú me desalababas, qué obra ha salido de sus manos? ¿Qué fuera hecho sin ella?

PARMENO.

Ni yo sentía tu gran pena, ni conocía la gentileza y merecimiento de Melibea; y así no tengo culpa. Conocía á Celestina y á sus mañas, avisábate como á señor, pero ya me parece que es otra, todas las ha mudado.

CALISTO.

Y ¡cómo mudado!

PARMENO.

Tanto, que si yo no lo hubiese visto, no lo creería; mas así vivas tú como es verdad.

CALISTO.

Pues ¿habeis oído lo que con aquella mi señora he pasado? ¿Qué hacíades? ¿Teníades temor?

SEMPRONIO.

¿Temor, señor? ¡Qué! Por cierto todo el mundo no nos lo hiciera tener. Hallado habías los temerosos; allí estuvimos esperádotte muy aparejados, y vuestras armas muy á mano.

CALISTO.

¿Habeis dormido algun rato?

SEMPRONIO.

¿Dormir, señor? Dormilonos son los mozos, nunca me asenté ni (2) junté por Dios los pies, mirando á todas partes, para en sintiendo poder saltar presto, y hacer todo lo que mis fuerzas me ayudaran. Pues Parmeno, aunque parecía que no te servía hasta (3) de buena gana, así se holgó cuando vió á los de las hachas; como lobo cuando siente polvo de ganado, pensando poder quitárselas, hasta que vido que eran muchos.

CALISTO.

No te maravilles, que procede de su natural ser osado, y aunque no fuese por mí, harialo porque no pueden los tales venir contra su uso, que aunque muda el pelo la raposa, su natural no despoja. Por cierto, yo dije á mi señora Melibea lo que en vosotros hay, y cuán seguras tenía mis espaldas con vuestra ayuda y guarda. Hijos, en

(1) Hija mía.

(2) Au.

(3) Hasta aquí.

mucho cargo os soy; rogad á Dios por mi salud (1), que yo os galardonaré mas cumplidamente vuestro (2) servicio. Id con Dios á reposar.

PARMENO.

¿Adónde iremos, Sempronio? ¿A la cama á dormir, ó á la cocina á almorzar?

SEMPRONIO.

Vete (3) donde quisieres, que antes que venga el día quiero yo ir á Celestina á cobrar mi parte de la cadena; que es una puta vieja: no le quiero dar tiempo que (4) fabrique alguna ruindad con que nos escluya.

PARMENO.

Bien dices, olvidado lo había. Vamos entrambos, y si en eso se pone, espantémosla de manera (5) que le pese, que sobre dineros no hay amistad.

SEMPRONIO.

Ce, ce, calla, que duerme cabe esta ventanilla. Ta, ta, señora Celestina, ábrenos.

CELESTINA.

¿Quién llama?

SEMPRONIO.

Abre, que son tus hijos.

CELESTINA.

No tengo yo hijos que anden á tal hora.

SEMPRONIO.

Ábrenos á Parmeno y á Sempronio, que nos venimos acá á almorzar contigo.

CELESTINA.

¡Oh locos traviosos! Entrad, entrad; ¿cómo venís á tal hora, que ya amanece? ¿Qué habeis hecho? ¿Qué os ha pasado? ¿Despidióse la esperanza de Calisto, ó vive todavía con ella, ó cómo queda?

SEMPRONIO.

¿Cómo, madre? Si por nosotros no fuera, ya anduviera su alma buscando posada para siempre, que si estimarse pudiese lo que allí (6) nos queda obligado, no sería su hacienda bastante á cumplir la deuda, si verdad es lo que dicen, que la vida y la persona es mas digna y de mas valor que otra cosa ninguna.

CELESTINA.

¡Jesú! qué, ¿en tanta afrenta os habeis visto? Cuéntamelo, por Dios.

SEMPRONIO.

Mira qué tanta, que por mi vida la sangre me hierve en el cuerpo en tornarlo á pensar.

CELESTINA.

Reposa, por Dios, y dímelo.

PARMENO.

Cosa larga le pides, según venimos alterados y cansados del enojo que habemos habido. Harías mejor (7) aparejarnos á él y á mi de almorzar, quizás nos (8) amansaría algo la alteración que traemos; que cierto, te digo, que no querria yo (9) topar á hombre que paz quisiese. Mi gloria sería agora hallar en quien vengar la ira, pues no pude (10) en los que nos la causaron, por su mucho huir.

CELESTINA.

Landre me mate si no me espanto en verte tan fiero; creo que burlas. Dímelo agora, Sempronio, tú, por mi vida: ¿qué os ha pasado?

SEMPRONIO.

Por Dios, sin seso vengo, desesperado vengo; aunque para contigo por demás es no templar (11) ira y todo enojo,

(1) Por salud.

(2) Buen.

(3) Ve tú.

(4) En que.

(5) De tal manera.

(6) De allí.

(7) En.

(8) Se nos.

(9) Ya.

(10) Puede.

(11) Lu.

y mostrar otro semblante que con los hombres. Jamás me mostré poder mucho con los que poco pueden. Traigo, señora, todas las armas despedazadas, el broquel sin aro, la espada como sierra, el casquete abollado en la capilla, que no tengo con qué salir paso con mi amo; cuando me nester me haya, que queda (1) concertado de ir esta noche que viene á verse por el huerto; pues ¿comprallo de nuevo? No mando un maravedí, aunque caiga muerto.

CELESTINA.

Pídelo (2) á tu amo, pues en su servicio se gastó y quebró; pues sabes que es persona que luego lo cumplirá, que no es de los que dicen, vive conmigo, y busca quien te mantenga: él es tan franco, que te dará para esto y para mas.

SEMPRONIO.

¡Ah! trae también Parmeno perdidas las suyas; á ese cuento, en armas se le irá la (3) hacienda. ¿Cómo quieres que le sea tan importuno en pedirle mas de lo que él de su propio grado hace, pues es harto? No digan por mí, que dándome un palmo pido cuatro. Díónos las cien monedas; díónos después la cadena. A tres tales agüjones no terná (4) cera en el oído. Caro le costaría este negocio: contentémonos con lo razonable, no lo perdamos todo por querer mas de la razon; que quien mucho abraza (5) poco suele apretar.

CELESTINA.

(¡Gracioso es el asno!) Por mi vejez, que si sobre comer fuera, que dijera que habíamos todos cargado demasiado. ¿Estás en tu seso, Sempronio? ¿Qué tiene que hacer tu galardón con mi salario, tu soldada con mis mercedes? ¿Soy yo obligada á soldar vuestras armas, á cumplir vuestras faltas? A osadas que me maten, si no te has asido á una palabrilla que te dije el otro día, viniendo por la calle, que cuanto yo tenía era tuyo, y que en cuanto pudiese con mis pocas fuerzas jamás (6) faltaria, y que si Dios me diese buena manderecha con tu amo, que no perderías nada. Pues ya sabes, Sempronio, que estos ofrescimientos, estas palabras de buen amor no obligan: no ha de ser oro cuanto que reluce, si no, mas bajo valdría. Dime, ¿estoy en tu corazón, Sempronio? Verás (7) que aunque soy vieja, si acertó lo que tú puedes pensar. Tengo, hijo, en buena fe mas pesar, que se (8) quiere salir esta alma de enojo: dí á esta loca de Elicia cómo vine de tu casa, la cadenilla que traje para que se holgase con ella, y no se puede acordar do la puso; que en toda esta noche ella ni yo no habemos dormido sueño de pesar: no por su valor de la cadena, que no era mucho; pero por su mal cobro della y mi mala dicha. Entraron unos conocidos y familiares míos en aquella sazón aquí: temo no la hayan llevado, diciendo, si me viste (9), burléme etc. Así que, hijos, agora quiero hablar con entrambos: si algo vuestro amo á mí me dió, debéis mirar que es mio, que de tu jubon de brocado no te pedí yo parte, ni la quiero. Sirvamos todos, que á todos dará según viere que lo merece (10); que si me ha dado algo, dos veces he puesto por él mi vida al tablero. Mas herramienta se me ha embotado en su servicio, que á vosotros; mas materiales he gastado. Pues habeis de pensar, hijos, que todo me cuesta dinero, y aun mi saber, que no lo he alcanzado holgando; de lo cual fuera buen testigo su madre de Parmeno, Dios haya su alma (11). Esto trabajé yo, á vosotros se os debe esotro; esto tengo yo por oficio y trabajo, vosotros por

(1) Quedó.

(2) Hijo.

(3) Iria su.

(4) No le quedará.

(5) Abarca.

(6) Te.

(7) Verás si.

(8) Se me.

(9) Si te vi.

(10) Merecen.

(11) Anima.

recreacion y deleite. Pues así, no habeis vosotros de haber igual galardón de holgar, que yo de penar; pero aun con todo lo que he dicho, no os despidais (si mi cadena paresce) de sendos pares de calzas de grana, que es el hábito que mejor en los mancebos paresce, y si no, resecebid la voluntad, que yo callaré con mi pérdida; y todo esto de buen amor, porque holgastes que hubiese yo antes el provecho destes pasos que otra, y si no os contentáredes, de vuestro daño hareis.

SEMPRONIO.

No es esta la primera vez que yo he dicho cuánto en los viejos reina este vicio de codicia: cuando pobre, franca; cuando rica, avarienta. Así que, adquiriendo cresce la codicia, y la pobreza codiciando; y ninguna cosa hace pobre al avariento, sino la riqueza. ¡Oh Dios, y cómo cresce la necesidad con la abundancia! Quien la oyó á esta vieja decir que me llevase yo todo el provecho, si quisiese, deste negocio, pensando que sería poco; agora que lo ve crescido, no quiere dar nada, por cumplir el refrán de los niños, que dicen: *de lo poco poco, de lo mucho (1) nada*.

PARMENO.

Dete lo que prometió, ó tomémoselo todo. Harto te decía yo quién era esta vieja, si tú me creyeras.

CELESTINA.

Si mucho enojo traeis con vosotros, ó con vuestro amo ó armas, no lo quebreis en mí; que bien sé de dónde nasce esto; bien sé y barrunto de qué pié coqueais. No cierto de la necesidad que teneis de lo que me pedís, ni aun por la mucha codicia que teneis (2), sino pensando que os he de tener toda vuestra vida atados y captivos con Elicia y Areusa, sin quereros buscar otras. Movéisme estas amenazas de dinero, ponéisme estos temores de la particion (3); pues callad, que quien estas os supo acarrear, os dará otras diez. Agora, que hay mas conocimiento y mas razon, y mas merecimiento de vuestra parte. Y si sé cumplir (4) que prometo en este caso, dígalo Parmeno: dílo, dílo, no hayas empacho de contar cómo nos pasó cuando á la otra dolía la madre.

SEMPRONIO.

Yo digole que se vaya, y abájase las bragas: no ando por lo que piensas; no entremetas burlas á nuestra demanda, que con ese galgo no tomarás (si yo puedo) mas liebres; déjate conmigo de razones; á perro viejo no cuz, cuz; danos las dos partes por cuenta de cuanto de Calisto has resecebido, no quieras que se descubra quién tú eres. A los otros, á los otros con esos halagos, vieja.

CELESTINA.

¿Quién soy yo, Sempronio? ¿Quitásteme de la putería? Calle tu lengua, no amengües mis canas, que soy una vieja cual Dios me hizo, no peor que todas. Vivo de mi oficio, como cada cual oficial del suyo, muy limpiamente. A quien no me quiere no le busco, de mi casa me vienen á sacar, en mi casa me ruegan; si bien ó mal vivo, Dios es testigo (5) de mi corazón; no pienses en tu (6) ira maltratarme, que justicia hay para todos (7) igual: tan bien será yo oída, aunque mujer, como vosotros muy peñados. Dejadme en mi casa con mi fortuna; y tú, Parmeno, no pienses que soy tu captiva por saber mis secretos y mi vida pasada, y los casos que nos acaescieron á mí y á la desdichada de tu madre. Aun así me trataba ella cuando Dios quería.

PARMENO.

No me hinchas las narices con esas memorias; si no, en-

(1) No nada.

(2) Lo teneis.

(3) Participacion.

(4) Lo que.

(5) El testigo.

(6) Con tu.

(7) Y á todos.

viarte he con nuevas á ella (1), donde mejor te puedas quejar.

CELESTINA.

Elicia, Elicia, levántate de esa cama, daca mi manto presto, que por los santos de Dios para aquella justicia me vaya bramando como una loca. ¿Qué es esto? ¿Qué quieren decir tales amenazas en mi casa? ¿Con una oveja mansa teneis vosotros manos y braveza? ¿Con una gallina atada? ¿Con una vieja de sesenta años! Allá, allá, con (2) los hombres como vosotros, contra (3) los que ciñen espada mostrad vuestras iras, no contra mi flaca ruca. Señal es de gran cobardía acometer á los menores y á los que poco pueden: las sucias moscas nunca pican sino á los bueyes magros y flacos; los gozques ladrones á los pobres peregrinos aquejan con mayor impetu. Si aquella que allí está en aquella cama me hubiese á mí creído, jamás quedara (4) esta casa de noche sin varon, ni durmiéramos á lumbre de pajas; pero por agradarte, por serte fiel, padescemos esta soledad; y como nos veis mujeres, hablais y pedis demasias; lo cual, si hombre sintiéredes (5) en la posada, no hariades. Que como dicen: el duro adversario entibia las iras y las sañas (6).

SEMPRONIO.

O vieja avarienta, muerta de sed por dinero, ¿no serás contenta con la tercia parte de lo ganado?

CELESTINA.

¿Qué tercia parte? Vete con Dios de mi casa tú y esotro, no dé voces, no allegue la vecindad; no me hagais salir de seso; no querais que salgan á plaza las cosas de Calisto y vuestras.

SEMPRONIO.

Da voces ó gritos, que tú cumplirás lo que prometiste, ó cumplirás hoy tus días.

ELICIA.

Mete, por Dios, el espada (7). Tenlo, Parmeno, tenlo, no la mate ese desvariado.

CELESTINA.

Justicia, justicia, señores vecinos, justicia: que me matan en mi casa estos rufianes.

SEMPRONIO.

¿Rufianes, ó qué? Espera, doña hechicera, que yo te haré ir al infierno con cartas.

CELESTINA.

¡Ay, que me ha muerto! ¡Ay, ay! Confesion.

PARMENO.

Dale, dale, acábala, pues la comenzaste (8), que nos sentirán; muera, muera: de los enemigos los menos.

CELESTINA.

¡Confesion!

ELICIA.

¡Oh crueles enemigos! En mal poder os veais: ¿y para quién tuvistes manos? Muerta es mi madre y mi bien todo.

SEMPRONIO.

Huye, huye, Parmeno, que carga mucha gente. Guarte, guarte, que viene el alguacil.

PARMENO.

¡Ay pecador de mí! que no hay por dó huir (9), que está tomada la puerta.

SEMPRONIO.

Saltemos destas ventanas; no muramos en poder de justicia.

PARMENO.

Salta, que tras tí voy (10).

(1) Allá.

(2) Contra.

(3) Con.

(4) Quedaria.

(5) Sintiéredes.

(6) Y sañas.

(7) La espada.

(8) Pues comenzaste.

(9) Nos vamos.

(10) Que yo tras tí voy.

ACTO TRECENO.

ARGUMENTO.

Despertado Calisto de dormir, está hablando consigo mismo; dende á un poco llama (1) á Tristán y á otros criados suyos (2). Torna (3) luego á dormir Calisto. Pónese Tristán á la puerta; viene Sosia llorando: preguntado de Tristán, Sosia cuéntale la muerte de Sempronio y Parmeno. Van á decir las nuevas á Calisto, el cual, sabiendo la verdad, hace gran lamentación.

CALISTO, TRISTAN, SOSIA.

CALISTO.

¡Oh como he dormido tan á mi placer, después de aquel azucarado rato, después de aquel angélico razonamiento! Gran reposo he tenido; el sosiego y descanso proceden de mi alegría; ó lo causó el trabajo corporal mi mucho dormir, ó la gloria y placer de ánimo; y no me maravillo que lo uno y lo otro se juntasen á cerrar los candados de mis ojos, pues trabajé con el cuerpo y persona, y holgué con el espíritu y sentido la pasada noche. Muy cierto es que la tristeza acarrea pensamientos (4), y el mucho pensar impide el sueño, como á mi estos días es acaescido con la desconfianza que tenía de la mayor gloria que ya poseo. ¡Oh señora (5) y amor mio, Melibea! ¿Qué piensas agora? ¿Si duermes ó estás despierta? ¿Si piensas en mí, ó en otro? ¿Si estás levantada, ó acostada? ¡Oh dichoso y bien andante Calisto! si es verdad que no ha sido sueño lo pasado! ¿Soñélo, ó no? ¿Fue fantaseado, ó pasó en verdad? Pues no estuve solo; mis criados me acompañaron, dos eran; si ellos dicen pasó en verdad, creerlo he segun derecho. Quiero mandarlos llamar para mas confirmar mi gozo. Tristanico, mozos, Tristanico, levántate de ahí.

TRISTÁN.

Señor, levantado estoy.

CALISTO.

Corre, llama (6) á Sempronio y á Parmeno.

TRISTÁN.

Ya voy, señor.

CALISTO.

Duerme y descansa, penado,
Desde agora;
Pues te ama tu señora
De su grado;
Verná (7) placer al cuidado,
Y no le vea,
Pues te ha hecho su privado
Melibea.

TRISTÁN.

Señor, no hay ningún mozo ya en casa.

CALISTO.

Pues abre tú esas ventanas, y verás qué hora es.

TRISTÁN.

Señor mio, bien de día.

CALISTO.

Pues tórnalas á cerrar, déjame dormir hasta que sea hora de comer.

TRISTÁN.

Yo quiero bajarme á la puerta, porque duerma mi amo

- (1) Está llamando á.
- (2) Otros sus criados.
- (3) Tórnase.
- (4) Pensamiento.
- (5) Oh mi señora.
- (6) Llámame.
- (7) Venza.

sin que ninguno le impida, y á cuantos le buscaren se le negaré. ¡Oh qué grito suena en el mercado? ¿Qué es esto? Alguna justicia se hace, ó madrugaron á correr toros; no sé qué diga (1) de tan grandes voces como suenan. De allá viene Sosia, el mozo de espuelas; él me dirá qué es esto. Desgreñado viene el bellaco, en alguna taberna se debe haber rovolcado; y si mi amo le cae en el rastro, mandarle ha dar dos mil palos; que aunque es algo loco, la pena le hará cuerdo. Paresce que viene llorando: ¿qué es esto, Sosia? ¿Por qué lloras? ¿De dó vienes?

SOSIA.

¡Oh malaventurado yo! ¡Oh qué pérdida tan grande! ¡Oh deshonra de la casa de mi amo! ¡Oh qué mal día amanesció este! ¡Oh desdichados mancebos!

TRISTÁN.

¿Qué es? ¿Qué has? ¿Por qué te matas? ¿Qué mal es este?

SOSIA.

Sempronio y Parmeno....

TRISTÁN.

¿Qué dices de Sempronio y Parmeno? ¿Qué es esto, loco? Aclárate mas, que me turbas.

SOSIA.

Nuestros compañeros, nuestros hermanos....

TRISTÁN.

O tú estás borracho, ó has perdido el seso, ó traes alguna mala nueva. ¿No me dices qué es eso que dices desos mozos?

SOSIA.

Que quedan degollados en la plaza.

TRISTÁN.

¡Oh qué mala fortuna la nuestra, si es verdad! ¿Visteles cierto, hablaronte (2)?

SOSIA.

Ya sin sentido iban; pero el uno con harta dificultad, como él me sintió que con lloro le miraba, hincó los sus ojos (3) en mí, alzando las sus manos (4) al cielo, casi dando gracias á Dios, y como preguntando si me sentia de su morir; y en señal de triste despedida abajó su cabeza con lágrimas en los ojos, dando bien á entender que no me habia de ver mas hasta el día del gran juicio.

TRISTÁN.

No sentiste bien; que sería preguntarte si estaba presente Calisto. Y pues tan claras señas traes deste cruel dolor, vamos presto con las tristes nuevas á nuestro amo.

SOSIA.

Señor, señor.

CALISTO.

¿Qué es eso, locos? ¿No os mandé que no me recordádes?

- (1) Que me diga.
- (2) Visteles cierto, ó hablaronte?
- (3) Los ojos.
- (4) Lsa manos.

SOSIA.

Recuerda y levánta, que si tú no vuelves por los tuyos, de caída vamos. Sempronio y Parmeno quedan descabezados en la plaza, como públicos malhechores, con pregones que manifiestan (1) su delito.

CALISTO.

¡Oh válgame (2) Dios! ¿Qué es esto que me dices? No sé si te crea tan acelerada y triste nueva. ¿Visteles tú?

SOSIA.

Yo los vi.

CALISTO.

Cata, mira qué dices, que esta noche han estado conmigo.

SOSIA.

Pues madrugaron á morir.

CALISTO.

¡Oh mis leales criados (3)! ¡Oh mis fieles secretarios y consejeros (4)! ¿Puede ser tal caso (5) verdad? ¡Oh amenguado Calisto! Deshonrado quedas para toda tu vida. ¿Qué será de tí, muertos tal par de criados? Dime, por Dios, Sosia, ¿qué fué la causa? ¿Qué decia el pregon? ¿Dónde los mataron? ¿Qué justicia lo hizo?

SOSIA.

Señor, la causa de su muerte publicaba el cruel verdugo á voces, diciendo: *manda la justicia que mueran los violentos matadores.*

CALISTO.

¿A quién mataron tan presto? ¿Qué puede ser esto? No ha cuatro horas que de mí se despidieron. ¿Cómo se llamaba el muerto?

SOSIA.

Señor, una mujer que se llamaba Celestina.

CALISTO.

¿Qué me dices?

SOSIA.

Esto que oyes.

CALISTO.

Pues si esto es verdad, mátame tú á mí (6), yo te perdono; que mas mal hay que viste ni puedes pensar, si Celestina, la de la cuchillada, es la muerta (7).

SOSIA.

Ella misma es: de mas de treinta estocadas la vi llagada, tendida en su casa, llorándola una su criada.

CALISTO.

¡Oh tristes mozos! ¿Cómo iban? ¿Viéronte? ¿Hablaronte?

SOSIA.

¡Oh señor! que si los vieras, quebraras el corazon de dolor. El uno llevaba todos los sesos de la cabeza de fuera sin ningún sentido; el otro quebrados entrambos (8) los brazos y la cara magullada; todos llenos de sangre; que saltaron de unas ventanas muy altas por huir del al-

- (1) Manifestaban.
- (2) Válgame.
- (3) Oh mis grandes servidores!
- (4) Consejos.
- (5) Cosa.
- (6) Mata tú á mí.
- (7) Es muerta.
- (8) Ambos los.

guacil, y así casi muertos les cortaron las cabezas, que creo que ya no sintieron nada.

CALISTO.

Pues yo bien siento mi honra. Pluguiera á Dios que fuera yo ellos, y perdiera la vida, no la honra, y no la esperanza de conseguir mi comenzado propósito, que es lo que mas en este caso desastrado siento. ¡Oh mi triste nombre y fama, cómo andas al tablero de boca en boca! ¡Oh mis secretos, mis secretos, cuán públicos andareis por las plazas y mercados! ¿Qué será de mí? ¿Adónde iré? ¿Que salga allá? A los muertos no puedo ya remediar. ¿Que me esté aquí? Parescerá cobardía. ¿Qué consejo tomaré? Dime, Sosia, ¿qué era la causa por que la mataron?

SOSIA.

Señor, aquella su criada dando voces, llorando su muerte, la publicaba á cuantos la querian oír, diciendo: que porque no quiso partir con ellos una cadena de oro que tú le diste.

CALISTO.

¡Oh día de congoja! ¡Oh fuerte tribulación! ¡Y en qué (1) anda mi hacienda de mano en mano, y mi nombre de lengua en lengua! Todo será público cuanto con ella y con ellos hablaba; cuanto de mi sabian; el negocio en que andaban; no osaré salir entre (2) gentes. ¡Oh pecadores de mancebos, padecer por (3) tan súbito desastre! ¡Oh mi gozo, cómo te vas disminuyendo! Proverbio es antiguo, que de muy alto grandes caídas se caen (4). Mucho habia anoche alcanzado: mucho tengo hoy perdido. Rara es la bonanza en el piélagos. Yo estaba en título de alegre, si mi ventura quisiera tener quedos los hondosos vientos de mi perdición. ¡Oh fortuna, cuánto y por cuántas partes me has combatido! Pues por mas que sigas mi morada, y seas contraria á mi persona, las adversidades con igual ánimo se han de sufrir, y en ellas se prueba el corazon recio ó flaco. No hay mejor toque para conocer qué quilates de virtud ó esfuerzo tiene el hombre; pues por mas mal y daño que me venga, no dejaré de cumplir el mandato de aquella por quien todo esto se ha causado; que mas me va en conseguir la ganancia de la gloria que espero, que pérdida (5) de morir los que murieron. Ellos eran sobrados y esforzados; agora ó en otro tiempo de pagar habian. La vieja era mala y falsa, segun paresce que hacia trato con ellos: así (6) que, riñeron sobre la capa del justo. Permision fué divina, que así acabase en pago de muchos adulterios que por su intercesion ó causa son cometidos. Quiero hacer aderezar á Sosia y á Tristanico, irán conmigo este tan esperado camino: llevarán escalas, que son altas las paredes. Mañana haré que vengo de fuera; si pudiere vengaré (7) estas muertes; si no, purgaré mi inocencia con mi fingida ausencia, ó me fingiré loco, por mejor gozar deste sabroso deleite de mis amores, como hizo aquel gran capitán Ulises por evitar la batalla troyana, y holgar con Penélope su mujer.

(1) En que.

(2) Ante las.

(3) Perecer por.

(4) Se dan.

(5) En la pérdida.

(6) Y así.

(7) Vengar.